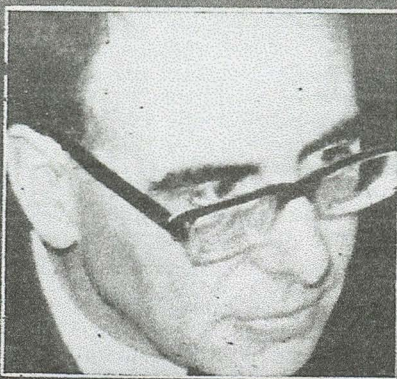




NI UN DIA SIN LINEA

Por Antonio Tovar

(De la Real Academia Española)

La figura del tío Anibal, un campesino de éstos, nutrido como corresponde con los romances y sus prosificaciones anoveladas, con aléluyas y almanasques, que guarda en su memoria de analfabeto, da unidad a las escenas un tanto sueltas de esta novela. Conversa con los soldados, se interesa por la humanidad que le rodea hasta olvidarse de sus motivos propios, y se desborda con el pobre Portela, con el que ha emprendido una peregrinación que termina con que la metralla del campo de tiro alcance en una pierna al joven y desvalido compañero.

Tal vez estos desvelos del pobre tío Anibal sean la moraleja que el libro lleva, si nos atenemos a una concisa página final que el autor ha puesto, en la que nos dice que fue escrito en 1953-54 sin preocupaciones de dar una «historia de provecho y ejemplo», pero que fue ganando en los años siguientes, hasta 1963, en que se publica, este valor. Así la novela, debida «a la contingencia de todo acto del Hombre en el que se interfieren la imaginación y la memoria, y que es la de crear y destruir utilizando el barro cotidiano en el que él mismo, el hombre, va siendo moldeado», está escrita con un esmero artístico que da magia a su realismo.

Realismo ibérico

TENEMOS hoy que ocuparnos de dos novelas, una portuguesa y una catalana, que han sido recientemente publicadas en nuestra lengua. Aunque muy distintas y nada comparables, en ambas brilla un acercamiento a la realidad que se traduce en cuadros sueltos, pinturas y retratos momentáneos, en cada una, repitámoslo, a su manera.

La primera (1) mereció el premio Castelo Branco. Su autor, en la plenitud de su actividad, sigue las huellas de la novela portuguesa rural, que no nos es desconocida en traducciones al castellano. Pero en ciertos momentos se descubre en él un afán nuevo de estilización que viene del Brasil, precisamente de Guimarães Rosa.

José Cardoso Pires nos brinda una visión realista, pero con matices poéticos, del Portugal meridional, de las llanuras del Alentejo y de sus abandonadas ciudades y aldeas. Los pobres, los vagabundos, los gitanos que merodean hambrientos por las dehesas y levantan en alto, en ofrenda al turista que pasa en su automóvil, la pieza cazada furtivamente. Soldados en sus cuarteles, campesinos que buscan trabajo y no lo hallan, guardias buscando a agitadores o la muchacha de la aldea que puede ser la encubridora de éstos; norteamericanos que dirigen maniobras de tiro, miseria de la vieja y los niños que se precipitan en el polígono para recoger la chatarra de las granadas que estallan... Figuras con las que el lector se familiariza inmediatamente y a las que oye hablar entre sí, o pensar en voz alta, con su carácter individual, lo mismo si se trata de gente de ciudad que si son de esa especie a extinguir que es el campesino tradicional, ese hombre que desde que se inventó la agricultura hasta que se ha desarrollado el tractor ha auscultado la tierra, la ha cavado en contacto íntimo con ella.